



Jazmín Riera

LAS REGLAS DEL BOXEADOR

 Planeta

JAZMÍN RIERA

LAS REGLAS DEL BOXEADOR

CAPÍTULO 1

Colgué la mochila en mi hombro, el calor era insoportable, tanto que comenzaba a dolerme la cabeza. Mi padre, como tantas veces, me había prometido que luego del colegio iríamos a comer, y también, como tantas otras veces, no se había presentado. Solo me quedaba regresar a pie a casa con un humor de perros. Cerré la puerta con odio mientras me dirigí a la cocina, todavía irritada por la caminata inesperada.

—¡Papá! —grité.

Mi voz resonó en todo el lugar en forma de eco.

La respuesta fue silencio. *Bien*. Seguía en su gimnasio. Siempre era igual, me abandonaba por sus «chicos». Algunas veces me preguntaba si él hubiese preferido un hijo varón; cuando era pequeña me compraba camisas tres talles más grandes, gorras de béisbol viejas... Dejé mi mochila en el sillón para luego tirarme en él con pesadez. Mi celular vibró sacándome de mi pequeño descanso.

—Hola —contesté de mala gana. Sabía que era él.

—Rocky, lo lamento, me he olvidado por completo. Bob me lo ha recordado. Si quieres, puedo ir y... —lo interrumpí antes de que siguiera, sin poder ocultar mi mal humor.

—Olvídalo, papá. Ya estoy en casa —él suspiró, conocía tanto a mi padre que sin mirarlo sabía que estaba apenado por no haber cumplido con su promesa—. ¿Qué te parece si cocino algo para la cena? ¿Hoy vendrás a comer o te quedarás en el gimnasio? —esperé su respuesta, él parecía estar evaluándola en silencio.

—Abby, estoy algo retrasado. Creo que cenaré aquí —suspiró con algo de tristeza—. Tenemos a un chico nuevo increíble, tendrías que ver cómo pelea —dijo emocionado, lo volví a interrumpir.

—Está bien, papá. Da igual, no llegues tarde. Te dejaré comida en la heladera —hablé intentando que mi voz sonara comprensible—. Podríamos dejar para mañana la cena, ¿qué te parece? —alenté.

Con tanto trabajo, solo lo veía cuando desayunábamos, y ambos nos íbamos rápido sin saber nada del otro.

—¡Claro! Me encantaría —comentó—. ¡Ten cuidado con esas pesas! —le gritó a alguien borrando su atención por completo de la conversación—. Rocky, te veo luego, estos chicos son unos inútiles sin mí —dijo burlón.

Cerré los ojos todavía tirada en el sillón. *Otra vez sola*. Últimamente, mi papá se pasaba más tiempo en ese gimnasio oloroso que en casa. No es que siempre fuera así. Rápidamente mi mente viajó a momentos felices, cuando mi madre todavía se encontraba en la casa, se podría decir que éramos una familia normal. Hasta que todo ocurrió y mi padre se centró simplemente en el boxeo.

La última hora pasaba de forma lenta y tortuosa. Esperaba con ansias que el profesor de Matemáticas diera por finalizada la clase, pero este maldito lo hacía a propósito, se tomaba su tiempo hasta para tomar el café.

Apenas tocó el timbre, salí disparada entre la multitud de jóvenes. Mi padre me había mandando un mensaje diciendo que pasara por el gimnasio. Sabía que se sentía mal por su promesa rota, me alegraba que se diera cuenta de mi molestia.

Caminé por largos minutos hasta llegar a mi destino. Por fuera era de ladrillos y una placa de metal indicaba la palabra «boxeo». Pasé la puerta de vidrio y me encontré con Megan, sentada detrás del mostrador negro. El escritorio estaba repleto de fichas de los distintos alumnos.

—¡Abby! ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo estás? —dijo emocionada.

Tenía razón, evitaba bastante el gimnasio. A mi padre no le gustaba verme allí y a mí tampoco; siempre que iba me hacía sentir incómoda.

—Hola, Meg, ya sabes cómo es el último año. Agotador... —me excusé, *en parte era verdad*. Ella sonrió asintiendo.

—Sí, recuerdo que no salía de mi habitación cuando tenía un examen —Megan tenía unos 40 años pero tenía un alma joven y una frescura que daba un buen toque al lugar. El teléfono sonó—. Oh, tengo que atender. Creo que tu padre está en el ring —asentí.

Al entrar, volví a sentir el aire a sudor y masculinidad que caracterizaba al gimnasio. Por dentro, era un lugar con poca luz, pero la

suficiente para ver a la perfección el rostro de las personas y sus movimientos. Chicos jóvenes golpeaban bolsas de boxeo, ejercitándose con diferentes rutinas, y, a lo lejos, el ring azul oscuro de las prácticas.

Caminé hacia el fondo y vi a mi padre junto a Bob, su socio y mejor amigo. Miraban la pelea de dos chicos. Los dos luchadores eran más o menos de la misma altura, pero corporalmente uno de ellos era más fibroso, grandote, tenía esparcido por su brazo derecho y pecho diferentes tatuajes. El otro era France, un chico jovial, algo menudo, con cabello negro como la noche. Se notaba a la legua que el de los tatuajes iba ganando la batalla, ya que el segundo parecía completamente exhausto. Mi padre, al verme, hizo señas para que me acercara. Bob dio por finalizada la pelea, soplando el silbato; ambos chicos respiraban con pesadez. Bajaron del ring y se plantaron todavía agitados frente a mi padre, listos para escuchar la devolución.

—France, no te agaches tanto cuando te atacan, te encuentras expuesto la mayor parte del tiempo. Tienes que esperar a que haga su movida y luego buscas dónde pegarle, no puedes mantener continuamente la posición de defensa—habló mi padre de forma dura.

El de cabello más oscuro llevó el borde de la camiseta a su rostro para secarse parte del sudor, para luego seguir asintiendo a cada indicación. Luego, cuando mi padre terminó, me miró haciendo un gesto con la cabeza en forma de saludo y se dirigió a los vestuarios. Eso era todo, mi padre no dejaba que ellos hablaran conmigo.

—¡Harry, ven aquí! —llamó mi padre al otro chico que había peleado.

Estaba tomando agua a lo lejos y llevaba una toalla colgada del hombro. Caminó hacia nosotros mientras se secaba la cara con la toalla. Su torso y sus fibrosos músculos captaron mi atención al instante. *¡Oh, mierda!* El chico era enorme, delgado, pero la musculatura parecía tallada a mano. Su mirada verde se clavó por completo en mí; la piel se me erizó, me sentía intimidada. *¿Qué me ocurría?*

—Hola, soy Harry —dijo el chico de pelo rizado.

Llevaba una fina vincha para despejar el pelo de la sudorosa frente, su voz era levemente ronca, una sonrisa provocativa se esparció por su boca y dejó ver unos dientes blancos, pero mi mirada se detuvo en su hoyuelo derecho, le daba un toque de niño. Mi padre carraspeó intentando llamar la atención del chico, Bob rio por lo bajo.

—Hoffland, lo único que necesitas saber de ella es que es mi hija. Le tocas un pelo y tienes tu culo fuera de aquí —dijo mi padre con firmeza. Cualquiera se asustaría, pero Harry no pareció inmutarse, simplemente lo desafió con la mirada—. Conoces la única regla de este gimnasio, no hagas que me enoje —lo señaló mi padre con el dedo índice.

Por cosas como esta es que no venía al gimnasio; los chicos me tenían miedo gracias a las amenazas de mi padre. Harry se cruzó de brazos restándole importancia a lo que decía su entrenador.

—Solo estaba siendo educado, Jeff. Dime cómo estuvo la pelea así me largo de una puta vez.

Su voz ronca y relajada me descolocaba. Todavía no era capaz de dejar de mirarlo, era increíblemente atractivo, con ese aire arrogante que lo invadía. El rostro de mi padre se relajó al ver el poco interés de Harry por su amenaza. *Él era extraño, de una forma auténtica.*

—Nunca bajas la guardia. El golpe que te dio France fue porque te distraes con facilidad. Intenta mantener tu mente en el ring, solo ahí. Ponte en línea, vas por buen camino. Te quiero ver mañana a la misma hora —contestó mi padre con rapidez.

Bob se dedicó a asentir como si estuviera de acuerdo con todo mientras escribía algunas anotaciones en su cuaderno. Tenía razón, el chico de tatuajes era bastante bueno peleando, parecía rápido. Sabía que mi padre no quería perderlo, esto era algo grande para el gimnasio.

—¿Algo más? —su tono era arrogante, casi de cansancio. *Como si supiera perfectamente lo bueno que era en el ring y no quisiera perder más tiempo.* Mi padre negó con la cabeza, el ruludo sin más se dio media vuelta dejando a la vista su perfecta espalda.

—¡Ponte una camiseta, Hoffland! —gritó mi padre con un tono bromista, el chico simplemente siguió caminando hacia el vestuario. Nunca había visto a nadie tratar de esa forma a mi padre—. Es un malnacido pero pelea como un hombre recién salido de prisión —dijo mientras negaba con la cabeza.

Así que este era el nuevo *especial* de mi padre. Y sí que parecía especial...

—¿Vamos a almorzar? —dijo Bob mientras tiraba su cuaderno en una de las sillas cercanas para luego dar un aplauso entusiasta.

Le sonreí. Bob tenía la piel oscura y el cabello completamente blan-

co. Tenía hambre y además siempre disfrutaba el tiempo que pasaba con ellos.

«Ella lo miraba de forma desconfiada, no quería saber nada con él. Pero algo de su oscuridad, de su deseo interno, la atraía como una polilla a la luz.»

—Te vendría bien salir de esta casa de vez en cuando —habló mi padre mirando un partido de fútbol americano en la televisión.

Levanté mi mirada de la novela que centraba mi atención acurrucándome un poco más en el sillón.

—Nunca te molestó que me quedara en casa —dije frunciendo el ceño. *¿Qué le ocurría ahora?*

—No, Rocky, no me malinterpretes, me encanta que estés aquí. Pero es viernes por la noche, ya tienes 18 años. Siento que tal vez te estás perdiendo de cosas esenciales de la adolescencia —Jeff mantuvo su mirada en el televisor.

Suspiré y revoleé los ojos mientras marcaba mi libro para luego cerrarlo y dejarlo en la mesa.

—¿Quieres un té? —dije intentando cerrar la conversación.

Él levantó una ceja y me miró, sacándole la atención al programa de deportes.

—¿Ves de lo que te hablo? ¿Un té con un libro? Es como si tuvieras cincuenta años —reprochó arrugando la frente, su pelo canoso cortado prolijamente llamaba la atención bajo la luz.

Me crucé de brazos poniéndome a la defensiva.

—Si quisiera tu opinión, te la pediría —contesté dándome vuelta.

—Llama a Marion, le agradas —comentó mi padre desde la otra sala.

Refunfuñé apretando mi mandíbula. *Lo único que faltaba.*

—Sí, claro, nos llevamos estupendo —mi tono destilaba ironía mientras ponía agua a hervir y sacaba los saquitos de té.

Marion era mi prima, íbamos al mismo colegio pero por suerte no compartíamos todas las clases. Éramos como perro y gato. Cuando la pava hirvió pasé el agua a la taza, pero algo llamó mi atención. La voz de mi padre desde la otra sala. *¡Oh, no, mierda!* Salí de la cocina a toda prisa y, como había imaginado, estaba hablando por teléfono.

—Claro, le diré. ¿En una hora? —le preguntó a la persona del otro lado. Abrí los ojos con miedo. *¿Qué estaba haciendo?* No llevé la cuenta de cuántos minutos estuvo hablando—. ¡Claro! Estará encantada, gracias —luego de cortar la conversación, me miró con una pequeña sonrisa en su cara.

—Dime que no acabas de hacer lo que pienso que hiciste —mis puños estaban cerrados a cada lado de mi cuerpo, mi corazón latía con fuerza, él se cruzó de brazos poniéndose serio.

—Llamé a tu tía Kate para saludarla y luego me pasó con Marion para saludarla. Me preguntó por ti, le dije que estabas aquí aburrida y ella misma se ofreció a pasarte a buscar para ir a una fiesta —levantó las cejas como si hubiera ganado una batalla, la ira me invadió. ¿Creía que era tan idiota como para creermela esa historia?

—Lo hiciste a propósito. ¡Sabes que no me agrada! —hablé con tono alto sin poder controlar mi voz.

Él se rascó la barbilla observando el comienzo de mi rabieta, me sentía traicionada por mi propio padre.

—Pero si es un encanto —dijo e hizo una mueca como si no entendiera, bufé molesta.

—Llámalala y dile que no iré —resolví el problema rápidamente.

Él negó con la cabeza, sabía que no se iba a echar atrás. *Parecía no escucharme.*

—Vístete o tendrás que ir en pijama —me señaló para luego volver a centrar su mirada en la televisión, dando por finalizada la conversación.

Mi padre era muy terco, hacía que mi peor versión saliera a la luz. Di un pequeño grito de frustración para luego subir las escaleras pisando fuerte.

—¡Ponte algo razonable! —me gritó divertido desde la planta baja.

Cerré la puerta de mi habitación con un golpe fuerte que retumbó por toda la casa. *¡Lo odio!*

—Entonces me dijo que me quería llevar a su casa —Marion finalizó la historia mientras mascaba un chicle con los labios pintados de rojo. Su pelo caoba caía en una cascada de rulos. Acomodó su vestido negro con un escote que dejaba poco a la imaginación. Su cuerpo era

deslumbrante, desde hombres hasta mujeres lo admiraban, pero su mal genio rompía ese encanto.

—Supongo que le dijiste que sí —dijo una chica de pelo castaño que creo que se llamaba Amy o algo por el estilo; al parecer, la mejor amiga de mi prima.

—Eso no se pregunta, Amy —se burló esta vez la otra morena, que manejaba, mirándola por el retrovisor.

Luego, las tres rompieron a reír. Centré mi mirada en la ventana viendo cómo de a poco nos acercábamos a nuestro destino. No entendía por qué me encontraba nerviosa, era una simple fiesta de adolescentes. Tal vez por el hecho de que ellas estaban vestidas despampantes, maquilladas y peinadas. Se notaba que no encajaba; lo supe en el momento en que mi prima me vio salir de mi casa con jeans rotos, remera de AC/DC, una camisa a cuadros arriba y unas zapatillas Converse con algo de barro.

A mí me había parecido una gran elección de ropa. *O, tal vez, simplemente, quería diferenciarme de ellas.*

Llegamos a un lugar lleno de gente. En la puerta, un cartel enorme con luces anunciaba «Dance Flash». *¿Qué mierda era este lugar?*

La morena estacionó y bajaron emocionadas; yo simplemente las seguí. Amy le dijo algo al de seguridad, un tipo rudo vestido de negro; luego de unos minutos, ella nos hizo señas para que entráramos.

Las tres fueron directo a la barra; a los pocos minutos, ya tenían un trago en la mano.

El lugar estaba levemente oscuro así que no podía ver con claridad, las luces de todos los colores se movían en diferentes direcciones, el amontonamiento de gente no te dejaba ir muy lejos. Más al fondo, había unos sillones para los que querían algo de privacidad. Seguí a las «trillizas», que se dirigían a la pista de baile. Conocía las canciones que sonaban y aun así seguía sin sentirme cómoda. Me moví con timidez. Unos chicos se acercaron; era claro que no por mí. Esto va a ser un calvario, quería mi té y mi libro. *Vete, Abby.*

Ya no llevaba la cuenta de las horas que estuvimos bailando, tampoco de cuántos hombres se acercaron a las trillizas, que estaban completamente pasadas de copas. *¿Cuántas idioteces les cabía en su cabeza*

de ebrias? Tomé mi tercer vaso todavía tranquila; siempre tuve resistencia al alcohol.

Me separé de las trillizas o, mejor dicho, el dúo, porque esa tal Amy estaba besándose con un tipo. Caminé aburrida mientras terminaba mi trago de solo un sorbo, hasta que vi a un grupo de chicos sentados en uno de los sillones del salón, se me hacían conocidos. Sin pensarlo demasiado, pasé frente a ellos para ir a buscar otro trago intentando que no me vieran, ya que parecían estar tomándole el pelo a cada persona que pasaba por allí. Mi plan de pasar desapercibida parecía estar teniendo éxito hasta que una mano se enrolló en mi cintura haciendo que me detuviera.

—Déjame decirte que tienes un culo increíble —las letras se arrastraban en mi oído, el aliento a alcohol llegó a los pocos segundos haciéndome fruncir la nariz con asco.

—Suéltame —dije de mal humor y sin darme vuelta, esperando que el idiota me dejara ir.

—¿Por qué tan enojada? —rio pegándose más a su cuerpo.

Me di vuelta para darle una bofetada pero frené al ver a France pasado de copas. Él achinó los ojos mirándome mientras ladeaba la cabeza para un costado y se tambaleaba entre sus pies. Era una gran diferencia verlo así de borracho en comparación con France que normalmente veía en el gimnasio.

—¿Te conozco? —balbuceó, mientras arrastraba las palabras.

Los amigos, sentados en el sillón, miraban la escena para luego comenzar a gritar y reír diciendo cosas obscenas. *Genial, tan solo genial.*

—¡Es la hija de Jeff! —exclamó uno que se desternillaba de risa, claramente intoxicado hasta los sesos.

La cara de France se deformó en una cara de horror y me soltó como si yo tuviera sarna. *Qué elegante.*

—Lo lamento, por favor no le digas a tu padre —exclamó levantando las manos con las palmas para afuera mientras me miraba.

Suspiré molesta e intenté irme, pero mi escapatoria fue interrumpida cuando mi cuerpo chocó contra algo. Auch.

—¿Escapando? —preguntó una voz por arriba de la música, que me resultó levemente conocida.

Subí mi mirada para encontrarme con el chico de los tatuajes que

había peleado contra France hacía días atrás en el ring. El ruludo llevó un cigarrillo a sus labios con una sonrisa. Esta vez tenía el torso cubierto con una camiseta blanca y arriba una chaqueta de cuero que lo hacía ver como un chico malo. *Uno de revista.*

—Déjame pasar —contesté de mala gana, intentando esquivarlo, pero él me volvió a frenar. Achinó los ojos sonriendo sin mostrar los dientes, le divertía la situación.

—¿Qué diría tu papi si te viera aquí? Rodeada de sus chicos y encima... —dijo fingiendo que olía y exageraba una cara de sorpresa— ¿ebria? —fruncí el ceño—. Mírate nomás, no lo habría imaginado —subió su mano para tocar mi cabello pero lo detuve con velocidad.

—Será mejor que no te metas conmigo —dije intentando no dejarme intimidar.

Él levantó las cejas sorprendido, para luego, con la otra mano, llevar la botella de cerveza a sus labios sin dejar de mirarme; en sus ojos había algo indescifrable. ¿Diversión? ¿Burla? Era como si pudiera ver más allá de lo normal.

—¡Jeff te matará, Harry! —gritó uno de los chicos desde el sillón.

Bufé ante ese comentario y aproveché a esquivar la mole que estaba frente a mí, pero él volvió a frenarme, esta vez tomando mi brazo.

—No te preocupes. Tu secretito está a salvo conmigo, Pecas —dijo en un susurro ronco que me hizo estremecer, su rostro estaba tan cerca que pestañeé varias veces.

—¡Mierda, Abby, aquí estás! Te busqué por todos lados —me di media vuelta ante la voz de Marion, que hablaba demasiado alto—. ¿No me vas a presentar a tu amigo? —miró coqueta a Harry. No había venido por mí, había venido por él—. Soy Marion —se presentó usando una voz aniñada que me daba arcadas; la música sonaba fuerte, haciendo que tuvieran que acercarse aún más.

—Harry —dijo sonriendo con despreocupación y dejando ver un hoyuelo marcado en su mejilla.

—Me iré a vomitar por alguna parte —dije y me aparté de esa escena con decisión. Necesitaba un trago, *urgente.*

Me desperté gracias a la luz que se filtraba por mi ventana. Abrí lentamente los ojos mientras me desparramaba en la cama, intentando estirar todos los músculos de mi cuerpo. El malestar en el estóma-

go me hizo recordar la terrible noche que había tenido. Luego de que Marion conoció a Harry, no se separó de él ni por un segundo; el final de mi noche fue regresar con una borracha Amy en taxi. Con varias alertas de vómito.

Nota mental: no dejar que mi padre se meta en mi vida social o que intente crearme una.

Luego de dar varias vueltas en la cama, terminé levantándome. Con sueño, lavé mi cara, mis dientes y me hice una colita en el pelo. Bajé con el pijama sin importarme que afuera brillara el sol. Ya en el último escalón, vi a mi padre comiendo sus cereales mientras leía la sección de «Deportes».

—¡Oh, aquí está la trasnochadora! —exclamó divertido, mientras dejaba el diario de lado.

Revoleé los ojos y abrí la heladera en busca de un poco de jugo.

—No me hagas hablar de eso, sigo enojada contigo —dije mientras me sentaba en la mesa con cara de pocos amigos.

—Tú siempre estás enojada por algo. Cuéntame cómo estuvo pero por favor evita la parte de los chicos —dijo haciendo una mueca mientras masticaba.

Bebí el jugo mirándolo. A veces mi padre se comportaba de forma infantil.

—No te preocupes, no los hubo —me encogí de hombros—. En resumen, fue aburrido. Marion y sus amigas se emborracharon, un tipo me tiró una bebida encima y eso creo que fue todo —hablé distraída pero luego, como un flash, recordé al chico de los tatuajes—. Estaba uno de tus chicos —comenté; él frunció el ceño mientras revolvía lentamente los cereales, y me miraba con más atención.

—¿William? Se la pasa de fiesta en fiesta —preguntó y automáticamente negué con la cabeza. Creo que William era un pelirrojo, pero no estaba segura.

—Harry... —miré para otro lado intentando recordar su apellido, dudaba si en algún momento me lo había dicho. Mi padre frunció el ceño de nuevo.

—Hoffland. ¡Maldito sea! Le dije que no saliera, tiene que entrenar fuerte. Ese chico no entiende... —suspiró frustrado. Luego me miró—. ¿Se te acercó? ¿Estaba borracho? —cuestionó con dureza *¿Por qué me hacía esas preguntas?*

—No, papá. Solo me saludó y que yo sepa no parecía borracho —contesté sin entender, aunque más que saludarme se había comportado como un idiota. Jeff hizo una mueca como si no creyera nada de lo que decía.

—¿Segura? Ese chico es igual de rápido en el ring que con las mujeres —me señaló con la cuchara apuntándome. *¿Acaso no confiaba en mí?*

—Te dije que no, papá. Tranquilo —hablé ahora seria, dándole otro trago al jugo.

Él se quedó mirándome por unos segundos para luego suspirar.

—A veces me olvido que ya tienes 18 años —dijo con la mirada perdida en la leche ya sin cereales—. Todo pasó tan rápido —balbuceó de forma dramática, revoleó los ojos.

—Papá, no me hagas llorar —me burlé sarcásticamente—. Se te va a hacer tarde —le dije de repente; aunque no sucedía a menudo, odiaba cuando se ponía sensible.

—Tienes razón —dijo parándose y llevando el tazón a la piletta—. Luego te llamo, Rocky —se despidió tomando su bolso y desapareciendo por la puerta en tan solo segundos.

La brisa revolvía mi cabello mientras leía un libro bajo la sombra del gran árbol de la plaza central, el clima estaba perfecto. Suspiré dejando que las palabras de esa bella historia crearan imágenes en mi mente, que me llevaran a otro lugar y otra vida. El sol caía, en cualquier momento el día se convertiría en noche.

—Día productivo, ¿eh? —escuché una voz burlona a mi lado.

Levanté la mirada para encontrarme con el chico de los tatuajes.

Llevaba una camiseta, unos pantalones deportivos y un bolso colgaba de su hombro; parecía que recién salía de entrenar.

—Aprovecho el día —dije cortante para luego volver a mirar el libro. Era imposible concentrarse con él ahí.

—Tienes que dejar de ser tan simpática —dijo de forma sarcástica. Volví a mirarlo. Ahora contenía una risa, de seguro por mi rostro lleno de enojo repentino. Suspiré volviendo mi mirada a las hojas para que notara mi fastidio—. ¿Te molesta si te acompaño por un rato? —preguntó sentándose a mi lado.

Sabía que su pregunta no esperaba respuesta; parecía hacer lo que

quería. Pasé una hoja de mi ahora olvidado libro y fingí seguir con la lectura. *Sí, claro, Abby.*

—Es una plaza pública —contesté sin mirarlo.

Él abrió su bolso y tomó un largo trago de su botella para luego aclararse la voz.

—Hoy tu padre me ha hecho transpirar —comenzó, su voz ronca se perdió en el aire, seguí mirando mi libro como si no hubiese nadie a mi lado—. Por suerte, me dio un descanso —dijo suavemente con un tono de humor, asentí lentamente con la cabeza sin mirarlo—. Al parecer, piensa que quiero tener algo contigo —concluyó.

Me quedé seca por unos segundos procesando lo que acababa de decir para luego levantar mi rostro, que ahora me quemaba. Parecía divertido.

—Mi padre a veces puede ser exagerado —hablé algo torpe, me sentía cohibida. Él hizo una mueca y volvió a beber de su botella para luego mirarme.

—Me da lo mismo, es normal ese pensamiento —dijo indiferente. Fruncí el ceño sin entender del todo lo que quiso decir.

—No entiendo —lo miré y de pronto quité completamente la atención de las hojas que tenía en las manos, él ahora centraba la mirada en el celular, que hacía pocos segundos había vibrado.

—Nada, Pecas. Tal vez, en otro momento te lo explique. Me tengo que ir —dijo mientras se levantaba del pasto con un simple movimiento—. Será mejor que no te quedes por mucho tiempo, está por oscurecer y la zona no es segura —aconsejó mientras se colgaba el bolso deportivo en su hombro, levanté una ceja.

—Sé cuidarme sola. Gracias, Hoffland —dije arisca, él negó con la cabeza sonriendo de lado como si un pensamiento se hubiese cruzado por su cabeza.

—Como quieras, cariño. Nos vemos —habló apoyando los dedos índice y corazón en su frente para luego despegarlos al aire en signo de saludo.

A los pocos segundos, ya había desaparecido por la calle contraria a la que había venido. Me quedé mirando su espalda y el vaivén de sus musculosos brazos mientras caminaba con una seguridad única.

No llevaba la cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que se había ido Hoffland, solo sabía que quería terminar el capítulo de esta adictiva historia pero se me hacía difícil cuando ya la luz había desaparecido. Miré a mi alrededor extrañada de que ya no hubiera ni un alma; la plaza claramente era de los lugares prohibidos para andar sola a altas horas. Me paré pasando las manos por el pantalón para sacarme los restos de pasto. Tomé mi bolso y, con velocidad, guardé el libro. Comencé a caminar bajo las farolas que iluminaban la tenue calle. Las madres con sus bebés y las ancianas que alimentaban a los pájaros habían desaparecido por completo, la plaza había quedado desierta; solo restaban unas pocas personas, que volvían de trabajar.

Decidí ir al gimnasio. Estaba más cerca que mi casa y mi padre de seguro estaría allí. Caminé a paso rápido, escuchando el sonido de mis zapatillas en la vereda. Todo estaba demasiado silencioso hasta que vi a cuatro siluetas apoyadas en la entrada de un callejón haciendo que mi piel se erizara. Seguí caminando, casi corriendo, y cambié «naturalmente» de vereda antes de pasar frente a ellos.

—Hola, linda, ¿por qué no vienes un rato aquí? —me llamó uno con piel morena, alto, mientras se asomaba. Seguí caminando sin prestar atención y mirando al frente, como si mi vida dependiera de ello.

—¡Oh, vamos! Ven a divertirme un rato, rubia —esa era otra voz, de eso estaba segura, luego rompieron en risas.

Intenté tranquilizarme con la idea de que ya me encontraba cerca del gimnasio, faltaban pocas cuadras. Hasta que sentí unos pasos detrás de mí. *Vamos, camina, Abby. Camina.*

—¡Muñeca, ven aquí! —esta era otra voz y su tono era agresivo.

Mierda. ¿Por qué no me dejaban en paz? Sentí la respiración de uno de los chicos básicamente en mi nuca, estaba tan asustada que no me percaté de la sombra que apareció del otro lado de la vereda.

—¡Aléjate de ella! —exclamó una voz demandante y masculina.

Sentí cómo mi cuerpo se relajaba, el chico que se encontraba atrás de mí tomó mi brazo con brusquedad. Dejé de respirar sintiendo cómo mi corazón comenzaba a bombear de forma furiosa.

—Quédate quietita —dijo apretando mi brazo hasta hacerme doler, mi cabeza temblaba de los nervios.

Miré al joven de pelos desordenados castaños, tenía su mirada bien abierta, tal vez estaba drogado, pero con la poca luz no podía afirmarlo.

—Vamos, Chad. Déjala —habló nuevamente el chico. Al caminar más cerca de la luz, todo en mí se serenó al ver que era Harry, mi salvador.

—¿Por qué no te unes a la fiesta, Hoff? Antes te gustaban estas cosas —dijo el chico todavía con mi brazo agarrado en su mano pegajosa. Harry suspiró, parecía estar perdiendo la paciencia. *¿Por qué mierda no pasaba algún auto o alguien que me pudiera ayudar!?*—. ¡Ah! Me había olvidado, es verdad... —comentó el joven mirando a sus amigos sin soltarme—. Él ahora es demasiado bueno para andar con nosotros —su tono burlón y su aliento a cerveza me asqueaban.

—Suéltame —murmuré irritada, intentando separarme del asqueroso chico.

—Mmm, quiere jugar —dijo acercando su rostro a mi oreja. Apreté mi mandíbula e impulsé mi codo a su estómago haciendo que el tal Chad rápidamente se doblara por el impacto y me soltara sin darse cuenta—. ¡Maldita! —balbuceó con voz estrangulada. Caminé lejos para que no me pudiera volver a agarrar. Harry contenía una sonrisa cruzado de brazos, el chico golpeado se recompuso y me miró con furia—. ¡Ven aquí, perra! —caminó hacia mí con enojo pero el cuerpo de Harry se puso delante de mí, impidiendo que Chad siguiera su camino.

—Oye, amigo. Tranquilo, no conviene que llamemos la atención —dijo Harry cruzando los brazos a la altura del pecho; su cuerpo me cubría por completo, haciéndome sentir como si él fuese un escudo protector.

—Hoff tiene razón, Chad. Sabes que el oficial te tiene entre ceja y ceja —habló uno de los otros chicos a lo lejos mientras le daba una pitada a su cigarrillo.

Chad me miró con furia contenida sin despegar sus ojos de mí.

—No te preocupes, no le contaremos a nadie el pequeño secretito de que una mujer te pegó. Así mantienes tu reputación de chico malo —habló Harry burlón dándole un guiño. Chad apretó la mandíbula—. Bien, la chica y yo nos retiramos —anunció mi salvador.

Se dio vuelta y puso una mano en la parte baja de mi espalda para alentarme a caminar, pero como si fuese en cámara lenta vi cómo se daba vuelta dando un seco golpe con su puño en la mejilla de Chad, quien al parecer había estado a segundos de pegarle, este aterrizó en el piso.

—Te partiré la cara si vuelves a intentar golpearme por atrás —Harry lo señaló de forma amenazante, me quedé anonadada, no me había dado cuenta de que mi cuerpo ahora temblaba. Un manchón de sangre apareció en la nariz del joven en el piso—. Camina —dijo completamente serio mientras agarraba de mi muñeca y tiraba. Ya a lo lejos, cuando dejamos de escuchar los insultos de un Chad humillado, Harry me soltó—. Menos mal que te dije que no caminaras sola a estas horas —largó enfurecido, fruncí el ceño al ver cómo sacaba un paquete de cigarrillos y encendía uno.

—Y yo te dije que me puedo cuidar sola —miré para todos lados mientras caminábamos bajo las luces de la calle. Mis manos temblaban y mi boca estaba seca.

—Ya veo —su tono irónico me molestó, dio una pitada y largó el humo por la nariz con rostro serio.

—No es necesario que me acompañes, sé cómo llegar —tomé mi bolso con más fuerza mientras miraba al frente. Él rio, caminando con seguridad.

—Me alegro por eso, pero no estamos yendo al gimnasio —dijo mientras fumaba; tenía razón, ese no era el camino. Los nervios me habían jugado una mala pasada—. Estamos yendo a buscar mi moto —comentó poniendo una mano en el bolsillo de su pantalón como si nada.

—Me volveré con mi padre —hablé dejando de caminar, él levantó una ceja y largó el humo por la boca.

—Tu padre ya se fue a casa. Salió antes que yo —contestó encogiéndose de hombros, en respuesta me crucé de brazos y observé que no llevaba ropa deportiva, estaba vestido con un par de jeans negros y una camiseta blanca.

—¿Interrumpí tu salida nocturna? —levanté las cejas poniendo las manos en mi cadera lista para atacar. Él rio socarronamente.

—Algo así, pero fue divertido ver cómo le diste una paliza a Chad. Se la merece —su voz era magnética, imperfectamente perfecta.

Su celular vibró rompiendo el silencio de las calles, lo sacó de su bolsillo trasero. Vio un mensaje, suspiró y lo volvió a guardar.

—Bien, estoy malditamente atrasado así que tendrás que acompañarme —habló mirándome, negué con la cabeza de forma automática.

—Si no llego en un rato, mi padre se preocupará —me excusé, él terminó su cigarrillo y tiró la colilla al suelo.

—Mira, Pecas, ese no es mi problema. Mándale un mensaje y mueve tus piernitas. No tengo tiempo —dijo mientras comenzaba a caminar de forma despreocupada dándome la espalda. Este hombre me irritaba a más no poder.

—Deja de decirme «Pecas». Odio ese apodo —mi voz sonaba enojada pero débil a la vez. Caminé atrás de él intentando igualar su paso.

—Como digas, nena —habló sin mirarme. *Maldito seas, Hoffland.*

—¡No subiré! —le dije por enésima vez, él revoleó los ojos ya sentado arriba de su moto o debería decir *monstruo metálico*. Nunca había visto una moto tan grande y aterradora.

—*Jen* es el vehículo más seguro al que pudiste haber subido en tu vida —exclamó como si nada, levanté una ceja mientras me cruzaba de brazos dispuesta a hacer un berrinche.

—¿*Jen*? ¿Le pusiste *Jen* a este monstruo? —señalé con desprecio a la brillante moto negra con mezclas de gris, estaba perfectamente cuidada.

—Qué te puedo decir, me gusta Jennifer López —contestó divertido, mientras se encogía de hombros. Bufé sin poder creerlo.

—Como sea, no subiré. No me importa si se llama Cameron Diaz, Vanessa o cualquier maldito nombre —hablé y me crucé de brazos nuevamente. Él se llevó los dedos pulgar e índice al puente de la nariz demostrando irritación, un mechón de pelo caoba oscuro cayó por su frente.

—¿Sabes? Haz lo que quieras, no tengo tiempo para esto —finalizó mientras encendía la moto—. Adiós.

Miré a mi alrededor, la oscuridad era completa y no sabía dónde estábamos. Observé cómo Harry movía su muñeca para acelerar y la moto avanzó a velocidad.

—¡Espera! —grité. Pero él siguió su camino sin importarle más nada.

¡*Mierda!* ¿*Y ahora?* Llamar a mi padre no sería buena idea; no me dejaría salir por años. Ya bastante suerte tenía de que hubiera creído mi mensaje, en el que le decía que estaba con una amiga. Como si tuviera alguna. *Estúpida, Abby. ¿Por qué no le dices la verdad? Porque sabes que se volverá loco.*

Miré a mi alrededor intentando encontrar a alguna persona pero el lugar estaba tan desierto que daba miedo. Divisé a un hombre durmiendo en un rincón, cerca de un cesto de basura. Suspiré intentando mantener la calma, me senté en la vereda, mi cuerpo temblaba con miedo, junté mis rodillas a mi pecho y puse mi cabeza entre ellas intentando buscar una solución. *Debía llamar un taxi. ¡Sí! ¡Eso iba a hacer!* Escuché el sonido de una moto y levanté mi rostro, Harry se encontraba frente a mí sobre el monstruo metálico, manteniendo el equilibrio con una pierna al costado.

—Sube antes de que me arrepienta —sin pensarlo dos veces, salté a la parte trasera de la moto y me abracé a su espalda—. Oye, espera. Me estás asfixiando, cariño —aflojé, dispuesta a soltarme, pero él me retuvo las manos en su cintura—. Solo disfruta el viaje y abróchate el cinturón —se burló.

—¿Qué cint...? —eso fue todo lo que pude decir antes de que arrancara.

Me abracé más a Harry intentando aplacar mi estúpido miedo; en un momento, creí oírlo reír.

El viento golpeaba en mi cara; apoyé mi perfil en la espalda de Harry para sentirme más segura. Su camiseta de algodón se sentía bien contra mi mejilla.

—Llegamos, ¿sigues viva? —no me había dado cuenta de que había cerrado los ojos durante el último tramo.

Observé a mi alrededor, era una zona más concurrida. Harry había estacionado frente a un bar, que yo conocía. Mi amigo. No. Mi ex amigo. Nick solía venir a este bar a jugar al pool.

Seguí a Harry. Varias motocicletas estaban estacionadas en la entrada y algunos hombres fumaban junto a ellas. Entramos al lugar y este era tal como lo imaginaba: una nube de humo invadía cada rincón, hombres de todo tipo tomaban cerveza y reían, algunas mesas de pool rodeaban la barra a lo lejos.

—Mantén tus ojos abiertos, será rápido —me dijo Harry con un susurro en el oído que me hizo estremecer. Volvió a posar su mano en mi espalda baja y me guió hasta la barra.

—Harry —dijo emocionada una mujer de unos 30 años.

Llevaba una camiseta celeste, algo desgastada, en la que no pasaba desapercibido el escote. Con una ancha sonrisa, secaba los vasos con

un repasador manchado tras la barra. Al mismo tiempo, se acercó un hombre con el pelo tirado para atrás, un bigote desprolijo terminando en corte candado y una camiseta negra; el repasador arriba del hombro completaba su look.

—Stella —saludó Harry mirando a la mujer con una leve sonrisa—. Jack —dijo esta vez mirando al hombre, que le tendía una cerveza recién abierta—. Gracias —agradeció. Debía venir seguido para que lo atendieran así.

—¿Quieres algo, corazón? —preguntó la mujer con una leve sonrisa mientras mascaba un chicle.

—No, gracias, estoy bien —contesté algo cohibida, ella asintió y desapareció para atender a otro hombre en la punta de la barra. Jack le pasó un papel a Harry.

—Te están esperando en las mesas de póker —comentó el grandulón, Harry asintió leyendo algo en el papel.

—Échale un ojo a ella —dijo Harry señalándome, el hombre asintió; parecían tener una relación de «amigos»—. Esto no tardará más de diez minutos, espérame aquí. No te muevas —me instruyó seriamente. Abrí la boca para protestar pero él levantó la mano con irritación—. Luego —se dio vuelta y subió las escaleras. Fruncí el ceño; esto no me gustaba nada.

—¿Estás segura de que no quieres nada? La casa invita —me dijo Jack. El hombre tenía unos hermosos ojos celestes; las arrugas denotaban su edad, tal vez unos 40 y pico.

—Un agua está bien —contesté intentando sonar lo más amable posible.

Miré con ansiedad la escalera. Me intrigaba saber qué estaría haciendo Harry ahí.

—Ni lo pienses —la voz sonó dura, lo miré. Jack me observaba con una pequeña sonrisa pero con ojos serios. Me dio el vaso con agua, lo llevé a mis labios; no me había dado cuenta de la sed que tenía. Lo bebí de un solo respiro. Jack rio levemente—. Hace mucho que no veo a alguien que no sea un borracho beber tan rápido —comentó divertido pero sin perder su aspecto duro. Sonreí levemente y eché un vistazo a las escaleras—. Solo puede entrar gente autorizada ahí arriba, así que no lo intentes, bonita —habló lentamente.

—¿Qué hace Harry aquí? —mi voz sonó algo temblorosa pero a Jack pareció no importarle.

—Algunos negocios —dijo como si nada, mientras seguía secando los vasos.

—¿Qué negocios? —fruncí el ceño, ahora más interesada. Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Nada importante. ¿De dónde conoces a Harry? —ahora él parecía estar interesado. Tomé un maní de la cesta y lo mordí sintiendo la cresta salada romperse.

—Mi padre es su entrenador —Jack abrió los ojos algo sorprendido, no tenía el aspecto de ser un hombre que se sorprendiera con facilidad.

—¿Tu padre entrena a Harry? —dijo suspirando con diversión—. Debe tener unos huevos de acero. El chico es difícil de domar y más cuando pelea. Alguna que otra vez tuve que sacarlo de algún lío —dijo negando con la cabeza. La imagen de un Harry borracho golpeando a otro hombre vino a mi cabeza.

—Listo, podemos irnos —escuché la voz de Harry atrás de mí, asentí parándome—. Gracias, Jack. Nos vemos —dijo golpeando la mano del hombre.

—Adiós —dije.

Él simplemente asintió con la cabeza y ambos salimos por la puerta.

—¿Qué fuiste a hacer? —dije con un tono casual mientras caminábamos hacia la moto.

—Nada, fui a saludar a unos amigos —dijo mientras subía al monstruo, digo *Jen*.

Me subí atrás de él y arrancamos a toda velocidad. Luego de varias indicaciones llegamos a mi casa. Él apagó el motor y me bajé rápidamente.

—Gracias —dije mientras sacaba la llave del bolsillo, vi cómo se encendía la luz en la sala—. Vete, mi padre está despierto —él rio.

—Dale mis saludos a Jeff —dijo mientras encendía el motor—. Nos vemos, Pecas —luego desapareció en la oscuridad.

—¡Abby! ¡¿Ese era un chico?! —dijo mi padre y yo suspiré cerrando la puerta. Esta iba a ser una discusión larga.